

La empresa de *La Edad de Oro* desea poner en las manos del niño de América un libro que le ocupe y regocije, le enseñe sin fatiga, le cuente en resumen pintoresco lo pasado y lo contemporáneo, le estimule a emplear por igual sus facultades mentales y físicas, a amar el sentimiento más que lo sentimental, a reemplazar la poesía enfermiza y retórica que está aún en boga, con aquella otra sana y útil que nace del conocimiento del mundo (XVIII, 295).

Recrear e instruir a los niños de América eran los dos fines principales que se propuso Martí. Literatura infantil que, según cuenta Fina García Marruz, «resultó de tan subidos valores pedagógicos y artísticos que hoy se considera una obra maestra del más difícil acaso de los géneros»<sup>12</sup>.

La educación adquiere un valor fundamental por entenderse que el mal —el engaño, la superstición, la esclavitud— recae en los pueblos ignorantes. Por ello muchos de los pensamientos krausistas y martianos irían dirigidos a paliar la ignorancia, propugnando métodos educativos concretos<sup>13</sup>. Ya Sanz del Río intentaría llevar a cabo ciertas reformas universitarias, emancipando la universidad del poder eclesiástico para conseguir una universidad científica y laica. Las teorías krausistas sobre la enseñanza se fundarían en el principio de la libertad de enseñanza, suspendiendo la obligatoriedad de asistencia a clase, introduciendo materias nuevas y suprimiendo el latín. Abogarían por una institución ajena a todo espíritu e interés político y religioso, proclamando el principio de libertad e inviolabilidad de la ciencia. Martí descubriría en las universidades carencias graves y propondría remedios. Entendería la enseñanza no al modo tradicional ni siguiendo la vieja usanza escolástica sino que se decantaría por una educación laica que ayudase a la formación del hombre. Apostaría, en definitiva, por una educación estrictamente científica y práctica, en la que se enseñase la formación de la tierra en lugar de la historia de Josué, la física y no la teología, la mecánica y no la retórica, la agricultura y no la Lógica preceptiva. Tal método de enseñanza evitaría la memorización mecánica de los conceptos, que anula la inteligencia e impide su evolución.

El ideario pedagógico y educativo krausista es también, en buena parte, un ideario regeneracionista que se encarnará, esencialmente, en la generación española del 98. El fin de esta actitud es adentrarse en los males que sacuden a España para, una vez reconocidos, exterminarlos. El lema del regeneracionismo será la redención intelectual y moral de la patria. Para ello pondrán al servicio de España toda la energía disponible. Energía, en definitiva, para contrarrestar los males que aquejan al país, —la indiferencia y la apatía—, que son la parálisis morbosa del espíritu de la nación. Dicha parálisis enfermiza y patológica tiene, según los krausistas, dos causas. La primera procede de factores históricos y políticos, de finales del siglo XVI y principios del XVII, y la segunda se debe a la pervivencia de las ideas anacrónicas, viejos prejuicios e intereses creados. En Martí, al

<sup>12</sup> Véase en Temas martianos, *La Habana, Biblioteca Nacional José Martí*, 1969, pág. 292.

<sup>13</sup> Algunos de ellos son la adopción de los métodos intuitivos para contrarrestar la enseñanza memorística, introducción de la gimnasia para mejorar la raza empobrecida, aplicación del dibujo y la educación artística, iniciación al canto, ejercicios manuales, fomento de excursiones, etc.

igual que en los krausistas, aparece esa misma actitud crítica que le llevará a exponer un programa de reconstrucción del país español. Asevera Martí:

No es con ardidés políticos, no es con pláticas de liberalismo formal, no es con alardes de reorganización del ejército, no es con halagos a las fuerzas mercantiles del país, con lo que ha de reconstruirse aquella trabajada nación; ni la reconstrucción depende, sino en parte, de la forma de gobierno. Con el empleo del menguado erario en obras públicas, con la renovación progresista, pero tenaz y radical, de los orígenes de la vida; con la conversión rápida del pueblo ignorante e indolente en pueblo conocedor y laborioso (...) con esta sana y reestructora política de nación, no con la enfermiza política de ciudad, habrá de reconstruirse la península gallarda (XIV, 140).

Portuondo subraya como otro rasgo conjunto la misma conciencia de que «la educación ha de humanizar la lucha de las clases sociales»<sup>14</sup>. La denuncia de la intervención de la Iglesia católica en la política estatal está en Tiberghien y en Martí. La moral krausista es una moral autónoma pero voluntarista, voz de Dios que vive dentro de todo hombre y que no tiene poder superior sino el de la propia conciencia. Martí no se adhirió a ningún dogma. Éste y Tiberghien abogarían por una moral autónoma, por la aconfesionalidad de la enseñanza, divorciada de dogmas, y por una enseñanza científica, libre y universal. La aconfesionalidad, la noción de libertad y responsabilidad humana están en Tiberghien, quien entiende que el temor es una «pena anticipada», un mal futuro (pág. 281). Martí, negándose a tener que hablar del «temor de Dios» y no de su infinita bondad, se verá abocado a cerrar la revista *La Edad de Oro*, dadas las controversias ideológicas con el editor, Da Costa Gómez.

Tales presupuestos, por otra parte, ponen en contacto, y como ya han visto diferentes críticos<sup>15</sup>, a los krausistas con la filosofía emersoniana o trascendentalista. En ambos aparece la misión primera del perfeccionamiento y purificación del hombre —revolución íntegra del ser y autorrealización— como presupuesto previo para cumplir con los imperativos cívicos y sociales que los dos idearios proponen. El rechazo de las actitudes convencionales, la afirmación de la libertad personal frente a presiones y modas, la búsqueda de la virtud, la asunción de la vida como algo bello o la afirmación de su sentido, la identificación de verdad, bondad y belleza —«todo lo que es bello es bueno y todo es bello porque en todo está Dios»—, están en Emerson y en Krause. La misión del escritor como portador de esperanza, creador que eleva, ilumina o consuela las almas, vate mesiánico que debe ofrecer siempre una imagen optimista de la realidad, y la fe en el mejoramiento humano se manifiestan en ambos idearios. Por último, la filosofía de la analogía emersoniana o de la conciliación armoniosa está expuesta en el catecismo de Tiberghien, cuando señala que «todos los seres viven en, bajo, y por Dios y son todos buenos y bellos», que «todo es bello en las armonías de la Naturaleza» porque «todo está penetrado de la esen-

<sup>14</sup> José A. Portuondo halla la huella de Mendive y Tiberghien en la fe que demuestra Martí por la eficacia de la educación y que proclama y pone de manifiesto en la Revista Universal de México. Véase Martí, escritor revolucionario, ob. cit., pág. 203.

<sup>15</sup> Véase entre otros Andrés Iduarte, «Ideas filosóficas», en Antología crítica de José Martí, ob. cit., págs. 522 y 523 o Isidro Méndez en Estudio crítico-biográfico, ob. cit., pág. 214.

cia divina» (pág. 95). O también cuando nos catequiza sobre la unión íntima del espíritu y del cuerpo, de la Naturaleza y la Razón (pág. 68). Doctrina que ya en 1875 puede atisbarse entre los escritos de Martí, correspondientes a su estancia en México, al afirmar que «en el sistema armónico universal, todo se relaciona con analogías», que ampliaría exhaustivamente al descubrir a Emerson, y que tanto le influiría para la génesis de su escritura simbólica<sup>16</sup>. La estrecha interrelación o coexistencia entre Naturaleza y Espíritu es punto esencial del pensamiento martiano, del pensamiento emersoniano y del krausista. Así lo expuso Tiberghien, en la traducción que hiciera Alejo García Moreno en 1875. Refiriéndose a la Razón o el Espíritu y la Naturaleza afirma:

Al pensamiento en el espíritu corresponde la luz en el espacio; al sentimiento, el calor; a la voluntad, el movimiento; a la intensidad, la cohesión; al amor, la afinidad; a la religión, la gravitación universal. Entre ambos órdenes de sustancias hay perfecta analogía y no hay ningún motivo para subordinar la una a la otra (69).

Y en 1882, habiendo ya conocido a Emerson, sobre tal relación armónica Martí recalca:

Que cada grano de materia traiga en sí un grano de espíritu, quiere decir que lo trae, mas no que la materia produjo el espíritu: quiere decir que coexisten, no que un elemento de este ser compuesto creó el otro elemento. ¡Y ése sí es el magnífico fenómeno repetido en todas las obras de la naturaleza: la coexistencia, la interdependencia, la interrelación de la materia y el espíritu! (XXIII, 317).

<sup>16</sup> Véase Ivan A. Schulman. Símbolo y color en la obra de José Martí, Madrid, Gredos, 1970.

**Mercedes Serna Arnáiz**

